

Alan Wolfe

La maldad política

Qué es y cómo combatirla



Galaxia Gutenberg

© Lee Pelligrini

Alan Wolfe es profesor de Ciencias Políticas y director del Centro Boisi para la Religión y la Vida Pública Norteamericana de la Universidad de Boston. En la primavera de 2011 fue profesor visitante del gobierno norteamericano en la Universidad de Oxford. Es autor o editor de más de veinte libros, entre los cuales alguno tan célebre como *The Future of Liberalism*. Es colaborador de *The New Republic*, así como de las principales revistas y periódicos estadounidenses, y presidente del Grupo de Trabajo sobre Religión y Democracia de la Asociación de Ciencias Políticas Americanas de Estados Unidos.

«La maldad política es una de las grandes cuestiones intelectuales de nuestro tiempo. Al intentar responder a ella, no debemos correr a la guerra o levantar las manos con resignación y desesperanza. Lo primero no sólo nos tienta a implicarnos nosotros mismos en el mal, sino que exige que nos enfrentemos a éste en el campo de batalla preferido por los malhechores. Lo segundo permite que el mal continúe y les dé lo que anhelan a quienes están sedientos de sangre. La maldad política no desaparecerá nunca. Razón de más para que, la próxima vez, nuestra respuesta a ella sea la correcta.»

Con estas palabras, Alan Wolfe se une a una extensa nómina de pensadores –Hannah Arendt, Reinhold Niebuhr o Arthur Koestler– que, a lo largo del pasado siglo, hicieron del mal en la esfera política el argumento central de su obra. En *La maldad política, qué es y cómo combatirla*, el autor examina casos de genocidio, terrorismo, limpieza étnica y tortura, en escenarios tan diversos como Oriente Medio, Darfur, Ruanda, los Balcanes, Irak o Irán, y analiza las contradictorias respuestas que la comunidad internacional ha dado para su resolución.

Michael Ignatieff ha sabido sintetizar a la perfección las enseñanzas de Wolfe: «La precisión moral es una precondition para la precisión política. Nada se gana, y mucho se pierde si, tratando de movilizar a la opinión pública para detener una masacre, la llamamos genocidio. La magnitud del ultraje se degrada. La próxima vez, cuando digamos que viene el lobo, nadie nos creerá».

Un jurado compuesto por Tzvetan Todorov, Wolf Lepenies, Enrique Vila-Matas, Jordi Llovet y Tomàs Nofre concedió a esta obra el III Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre.

Título de la edición original: *Political Evil*
Traducción del inglés: Ana Herrera

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: diciembre 2017

© Alan Wolfe, 2011
Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Alfred A. Knopf,
un sello de The Knopf Doubleday Group, división de Random House Inc.
© de la traducción: Ana Herrera, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17088-60-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

¿Acaso no debemos advertir a las naciones victoriosas que hacen mal en contemplar su victoria como prueba de su virtud, si no quieren sumir al mundo en una nueva cadena de maldades mediante su afán de venganza, que no es más que la furia de su superioridad moral?

REINHOLD NIEBUHR (1948)

Parece que existe una curiosa tendencia norteamericana a buscar, en todo momento, un solo centro externo del mal al cual poder atribuir todos nuestros males, en lugar de reconocer que quizá haya múltiples fuentes de resistencia a nuestros propósitos y empresas, y que esas fuentes pueden ser relativamente independientes unas de otras.

GEORGE F. KENNAN (1985)

Una máxima para el siglo XXI podría ser para empezar no combatir el mal en nombre del bien, sino cuestionar las certezas de la gente que siempre asegura que sabe dónde se encuentran el bien y el mal.

TZVETAN TODOROV (2000)

INTRODUCCIÓN

La cuestión fundamental del siglo XXI

COLOCAR LA POLÍTICA EN PRIMER PLANO

Cuando la filósofa Hannah Arendt escribió en 1945 que «el problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual en la posguerra europea», pudo haber ampliado con toda facilidad su marco geográfico.¹ No hay problema más importante en el mundo entero hoy en día que la existencia del mal, y no hay tema alguno en el que se piense de una manera más confusa y al que se den unas respuestas más contraproducentes. La maldad nos amenaza de tal forma que los huracanes, el calentamiento global, las epidemias de gripe y los pánicos financieros, por terribles que sean, parecen pequeños en comparación. Presente a nuestro alrededor, la maldad exige todo nuestro esfuerzo para comprenderla, si queremos contenerla. En este libro ofrezco algunas reflexiones destinadas a ese fin.

El problema del mal es uno de nuestros acertijos intelectuales más antiguos. Se han escrito infinidad de libros intentando definir el mal, catalogar sus horrores, dar fe de su persistencia, explicar su atractivo y enfrentarse a sus consecuencias. El tema ha atraído a filósofos, poetas, artistas, teólogos, psicólogos, novelistas, compositores y médicos. Todas las lenguas importantes tienen un término para referirse al mal, y todas las religiones importantes (ya sean panteístas, dualistas o monoteístas) muestran preocupación por él. Los seres humanos quizá quieran ser buenos, pero han reconocido hace mucho tiempo que tienen que familiarizar-

se con la maldad. Como atañe tan de cerca al misterio de la naturaleza humana, el mal es un tema al que conviene acercarse con muchísima cautela. Afortunadamente, eso no ha sido obstáculo para que los mejores pensadores que ha conocido jamás el mundo se ocuparan de él.

Sin embargo, en el preciso momento en que empezamos a hacernos preguntas sobre la naturaleza del mal, empezamos también a comprender lo difícil que es responderlas. Solo en Occidente, dos de los teólogos más grandes de toda la tradición cristiana (san Agustín y santo Tomás de Aquino) dedicaron incontables páginas a explorar la existencia del mal y las formas que adopta, un trabajo que ya había adquirido forma gracias a anteriores filósofos precristianos como Platón y Aristóteles. Todos los estudiantes a los que se pide que lean *Macbeth* u *Otelo* se introducen en la complejidad del mal, igual que aquellos que analizan *El paraíso perdido* de Milton o el *Fausto* de Goethe. La fascinación por el problema del mal, según afirma la filósofa Susan Neiman, dominó los escritos de pensadores de la Ilustración como Rousseau, Kant y Voltaire, y encontró una expresión particularmente conmovedora en la filosofía posterior a la Ilustración de Friedrich Nietzsche.² Preocupaciones similares han influido también en escritores y líderes norteamericanos, apareciendo en los sermones de Jonathan Edwards, en los debates sobre la Constitución, en la obra de Herman Melville y en los discursos de Abraham Lincoln. Dostoyevski y Conrad están entre los grandes novelistas europeos que escribieron sobre el mal, de una forma sorprendentemente contemporánea. En los años cincuenta del siglo xx, las consideraciones sobre la maldad se encontraban en el núcleo central de pensadores tan reconocidos como Arendt, el teólogo Reinhold Niebuhr, y filósofos judíos como Emil Fackenheim, movido por el Holocausto a reflexionar sobre qué futuro podía tener Dios en mente para su pueblo elegido. Sabemos que el mal existe, pero no pode-

mos estar seguros de lo que hace que la gente sea mala, o si se podrá reducir alguna vez su maldad.

Se podría empezar la discusión cerrando un poco el foco. El mal se suele analizar a menudo con excesiva abstracción. Si los teólogos nos dicen que el mal es lo que hacen los seres humanos en ausencia de Dios, se enfrentan a la difícil tarea de definir cuál es la esencia de Dios, interpretar sus palabras y decidir cuál de las muchas deidades disponibles es la autorizada. Los filósofos que consideran el mal como una alteración en el orden natural del universo tendrán que definir la naturaleza del universo, por no mencionar el concepto de orden. Los neurocientíficos contemporáneos, que ven el mal como el producto de un defecto en el cableado de nuestro cerebro, no siempre saben qué está ocurriendo en nuestra mente. Hay ocasiones y lugares en que las aproximaciones al mal de la teología o la metafísica son apropiadas, pero también hay veces en que pueden entorpecer nuestro camino e impedirnos saber qué hacer cuando nos enfrentamos a terroristas que estrellan aviones contra edificios, o a los que imponen la solidaridad étnica y violan y matan a aquellos cuya tierra codician.

Lo más importante que debemos hacer para aceptar los horrores a los que nos enfrentamos es dejar de hablar del mal en general y concentrarnos, por el contrario, en la maldad política en particular. La maldad política hace referencia a la muerte, destrucción y sufrimiento intencionados, malévolos y gratuitos infligidos a personas inocentes por los líderes de movimientos y Estados en sus esfuerzos estratégicos por conseguir objetivos realizables. Más tarde volveré a esta definición más detenidamente; distinguiré entre maldad política cotidiana y radical, examinaré las formas específicas que puede adoptar la maldad política y comentaré las mejores formas de responder a cada una de ellas. Pero por ahora solo quiero insistir en que aunque la maldad política causa enormes daños y ataca directamente nuestro sentido moral, no tenemos por qué sentirnos inde-

fensos ante ella. Es muy poco probable que borremos por completo el mal de la faz de la tierra. Pero si conseguimos pensar mejor y actuar más estratégicamente, podemos reducir de una manera significativa la cantidad de maldad política que nos amenaza.

Bajar del cielo el problema de la maldad y traerlo al mundo de la política nos ofrece ventajas que hacen mucho más inteligibles las atrocidades a las que nos enfrentamos en el mundo en la actualidad. Una de esas ventajas es que podemos hacernos otro tipo de preguntas. La política no es filosofía, ni tampoco teología ni neurociencia. Los que planean y ejecutan la maldad política tienen sin duda malevolencia en sus corazones, o sus cerebros funcionan de una manera errónea. Pero no es su interior lo que debe preocuparnos, sino sus actos. Si están carcomidos por el odio y la envidia, si son ejemplos de una naturaleza humana depravada, si han visto su desarrollo atrofiado porque de niños sufrieron abusos, si son psicóticos o sociópatas que no permiten que aparezca ningún salvador en sus vidas, si sufren delirios de grandeza, son obsesivo-compulsivos y tienen desórdenes de personalidad, si son producto de una herencia genética lastimosa o dependen mucho de sus medicamentos para pasar el día es algo de escaso interés para nosotros. Que hablen con sus terapeutas, que establezcan pactos con Mefistófeles, que nos manden cintas de vídeo explicando sus actos o busquen redención para los horrores que provocaron: nosotros tenemos poco que decir en su lucha contra sus demonios. Podemos identificar su depravación, pero es su astucia lo que debe preocuparnos. No tenemos que reformarlos, estigmatizarlos o mostrarles el camino de la salvación. Lo que tenemos que hacer es detenerlos, y para hacerlo debemos concentrarnos en las causas políticas que atraen a sus seguidores. Los actos son más fáciles de cambiar que las personas.

Al centrarnos en la maldad política, además, veremos que el mal y la política forman una mezcla especialmente

tóxica. Organizados en movimientos o Estados, y motivados por una causa que les apasiona y les ofrece objetivos, los responsables de la maldad política son capaces de llevar a la práctica la violencia hasta niveles que sobrepasan de lejos los que podría realizar cualquier individuo en solitario. Los individuos malvados que no tienen un Estado o un movimiento detrás de ellos solo pueden derramar un poco de sangre. Aquellos que consiguen dirigir las fuentes de ingresos del Estado y controlan el monopolio de la violencia son capaces de hacer que esa sangre fluya en unas cantidades demasiado copiosas para poder ser medidas. Una de las razones de que la maldad política se halle tan omnipresente es que los Estados son muy parecidos. Incluso los dictadores que gobiernan Estados pobres o de escasa importancia estratégica (como la Camboya de Pol Pot, o el Sudán de Omar al-Bashir) pueden causar un sufrimiento inimaginable. A causa del crecimiento de los Estados modernos, la maldad política se ha democratizado, hasta cierto punto... y de la manera más espantosa. A medida que ha ido en aumento la potencia de los medios de destrucción, ha aumentado también el número de líderes con acceso a ellos.

Paradójicamente, sin embargo, el propio control sobre un movimiento o Estado que maximiza el poder a disposición de esos líderes atempera también su extremismo. Para bien o para mal, los autores de actos de maldad política se han puesto a prueba; se han alzado entre las filas de una organización y han asumido una posición de control dentro de la misma. Casi nunca han sido elegidos para su cargo –y aunque lo hayan sido generalmente se inclinan a suspender las elecciones–, y pueden ser tan duros con sus seguidores como con sus enemigos. Sin embargo, aunque son radicales en la elección de medios, los líderes políticamente malvados a menudo los aplican de una manera conservadora. Después de pasar años creando un movimiento o asumiendo una posición de poder, se muestran reacios a volverse

demasiado despiadados por temor a destruir lo que han construido tan pacientemente. Estos líderes malvados matan a otros, e incluso, mediante el terrorismo suicida, animan a algunos de sus seguidores a matarse entre sí. Pero como líderes «políticos» son cualquier cosa menos suicidas. Sirven a una causa, y el apoyo a esa causa, así como la organización que la encarna, vencen a todo lo demás. Es inevitable, por tanto, que las armas organizativas se usen con mucha precaución. Al Qaeda pasó cinco años planificando su atentado terrorista contra las embajadas de Estados Unidos en África, dos desarrollando su atentado al *USS Cole* y unos siete preparando el 11 de septiembre.³ Aunque es posible que el éxito de la administración Obama al matar a Osama Bin Laden en 2011 haya mermado la capacidad de Al Qaeda, los atentados que pueda estar planeando el grupo o alguna de sus ramas, si nos basamos en su historial anterior, no serán precipitados. Uno no debe meterse en política a menos que tenga una causa y un futuro. En cuanto la visión de un grupo se orienta hacia el futuro, su conducta en el presente se limita. Si la política que implica la maldad política nos hace temblar, también nos da esperanza.

Cuando nos enfrentamos a la maldad política, nos encontramos mucho más cómodos respondiendo a la «política» que a la «maldad». La política no nos pide que erradiquemos el mal de los oscuros corazones de hombres y mujeres. Nos exige que, cuando nos enfrentemos a tácticas que amenazan nuestra forma de vida persiguiendo unos objetivos políticos, hagamos al menos el esfuerzo de entender por qué, ya de entrada, se han elegido esos objetivos. Combatir el mal con mal contamina, pero combatir la política con política, no. Confundimos ambas cosas con gran riesgo para nosotros. Habrá situaciones en que concluyamos que los métodos usados contra nosotros son tan malvados que no hay nada que discutir con quienes los emplean. Pero precisamente, por ser tan malvados, podríamos

decidir también que debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para ponerles fin, aunque hacerlo signifique llegar a un compromiso político con personas a las que con toda la razón despreciamos. La maldad política nos da a elegir. Seríamos idiotas, y no tan virtuosos moralmente como queremos parecer con toda nuestra autocomplacencia, si nos negáramos a hacerlo.

Al concentrarme en la maldad política y no en el mal en general, este libro, a pesar de su tema, no será pesimista. Es cierto que vivimos en una época en que todo el mundo puede tener acceso a los medios de la maldad política. Pero eso no significa que debamos acostumbrarnos a un estatus de posibles víctimas que en cualquier momento pueden verse sometidas a los peores horrores de la historia. Que alguien emplee el terror no significa que todo el mundo tenga que estar aterrorizado. Por cada persona que ha intervenido en un genocidio existen muchos activistas, abogados, jueces y trabajadores humanitarios con experiencia real para acabar con este. Ni siquiera los jefes de Estado más odiados, que disponen de armas de destrucción masiva, quieren arriesgarse necesariamente a destruir a su propio pueblo usándolas de verdad. Somos conscientes de la ubicuidad de la maldad política porque hemos aprendido que los Estados tienen formas mejores de manejar sus asuntos, que no sea oprimiendo a su propio pueblo o devorando a sus vecinos. No debemos dudar nunca de lo horrible de la maldad política, pero tampoco de nuestra inteligencia, tanto de la que nos permite ver claramente lo que tenemos enfrente como de la que ayuda a los gobiernos a adoptar las mejores estrategias de seguridad nacional para responder a los ataques que sufren.

En resumen, aunque es un problema de la máxima gravedad, la maldad política no es un dilema que no tenga solución. Cuando aparece en el mundo un nuevo ejemplo de maldad política, lo último que deberíamos hacer es llevarnos las manos a la cabeza con desesperación teológica, fi-

losófica o literaria. La indefensión no hace otra cosa que favorecer el odio. El problema de la maldad política debe hacer que nuestra mente se centre, y no que se nos nuble el juicio. La política siempre tiene lugar en este mundo, y es en este mundo donde estamos obligados a permanecer, si queremos combatir la maldad política con algo de éxito. Es importante volver a los grandes textos clásicos de la tradición occidental para comprender la malevolencia humana en su peor aspecto. Pero también debemos pensar políticamente en las elecciones a las que nos enfrentamos, si queremos crear un mundo con algo menos de maldad que el que nos rodea. Si lo hacemos quizá no produzcamos un mundo perfecto, pero ya será un logro notable.

UN PRODUCTO TOTALMENTE HUMANO

No se puede dudar de la ubicuidad de la maldad política. A estas alturas ya sabemos lo descomunales que fueron los niveles de mortalidad asociados con el régimen más malvado del siglo xx. A medida que van muriendo los últimos supervivientes de los *lagers* nazis y de los gulags estalinistas, y se escribe la historia definitiva de esa época y de esos regímenes, la enormidad de lo que ocurrió todavía nos conmueve. Existen, desde luego, testimonios de escritores como Elie Wiesel, Alexander Solzhenitsin y Primo Levi, que experimentaron de lleno esos horrores y consiguieron contar su relato. Pero eso solo significa que cuando la maldad política golpea todavía hoy (ya sea en África, en Oriente Medio, en Asia o nuevamente en Europa) puede que no haya tantos muertos, pero la mancha en nuestra conciencia es peor. Todos el mundo sabe que los fabricantes de coches copian los modelos del año anterior. Y también que los líderes malvados replican los horrores del ayer.

La muerte no es la única forma que la maldad política tiene de manifestarse. Existe maldad política cuando los te-

roristas propagan el miedo entre los que sobreviven a sus atentados; cuando tropas motivadas por el odio étnico ordenan la expulsión forzosa de sus hogares de la gente, o incluso de su país; cuando se usa la tortura para extraer información o inducir a la confesión; cuando los líderes de regímenes autocráticos contratan a matones para intimidar a sus posibles oponentes; cuando las mujeres son violadas y los niños arrebatados a sus padres; cuando se construyen campos para confinar a inocentes, y el crimen organizado impone el silencio a los que se oponen a ellos o los investigan. No pasa un solo día sin que los medios de comunicación de masas difundan noticias de crueldades que serían inimaginables, de no estar tan extendidas.

Las víctimas inmediatas de la maldad política son las que sufren un ataque directo: mujeres lapidadas hasta la muerte por presunto adulterio, aldeanos que se interponen en el camino de milicias fanáticas organizadas para matarles porque pertenecen a la tribu equivocada; jóvenes ejecutados sistemáticamente y enterrados en fosas comunes antes de llegar a la edad en que podrían defender su tierra natal de esos ataques, manifestantes que protestan en las calles y mueren simplemente por reivindicar sus derechos, familias que van a hacer turismo en la costa y se cruzan en la línea de fuego de los terroristas, viandantes inocentes atrapados en una celosa búsqueda de posibles sospechosos, que luego deben soportar torturas o extradición... Los retratos de la maldad política que hoy en día tenemos a nuestro alrededor no han conseguido hasta el momento el estatus de los clásicos literarios que surgieron del Holocausto y el Gulag. Pero ahora tenemos teléfonos móviles y Facebook, Twitter y otras formas de redes sociales para atraer la atención del mundo hacia aquellos que están directamente en el punto de mira. El clamor de las víctimas de la maldad política nos alcanza. Aunque no seamos capaces de imaginar el dolor que sufren, no podemos dejar de ser conscientes del dolor que están sufriendo.